

# ENERO

## 2015 **MODELO** DEL MES

Los modelos más representativos de la exposición

### **Bolso *châtelaine***

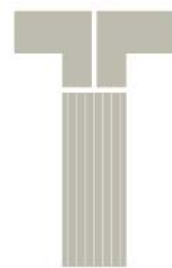
Por: Carmen Cabrejas

Sala: "Ilustración y casticismo"

**Domingos: 12:30 h.**

**Duración: 30 min.**

**Asistencia libre y gratuita**



MUSEO DE TRAJE

**Texto**

Carmen Cabrejas es licenciada en Historia del Arte por la Universidad Complutense de Madrid, donde cursó también el Doctorado en Historia y Teoría del Arte Contemporáneo y el postgrado en Educación Artística. Ha trabajado en los Departamentos de Educación y Difusión de varios museos y desempeña actualmente su labor en el Museo del Romanticismo. Ha participado como investigadora en diversas publicaciones de Historia del Arte y de fotografía.

**Coordinación**

M<sup>a</sup> José Pacheco

**Corrección de estilo**

Ana Guerrero

**Maquetación**

Amparo García

\*\* Todas las imágenes de este folleto corresponden a piezas de la colección del Museo del Traje CIPE son imágenes de dominio público o están liberadas bajo licencias libres.

NIPO: 030-14-008-9

El bolso que analizamos como modelo destacado de este mes se encuentra expuesto en la sala "Ilustración y casticismo (1700-1788)", dentro de la vitrina Guardar, aunque cronológicamente no pertenece al periodo representado en esta sala, ya que está fechado hacia 1880. Sin embargo, su ubicación en esta vitrina pone en relación esta pieza con los últimos años de finales del siglo XVIII, en los que el bolso comienza a convertirse en un complemento femenino imprescindible.

Está fabricado en seda amarilla en su exterior, guarnecido con un galón de seda morada, y forrado en tafetán de lino beis en el interior. La cara frontal está decorada con motivos florales en sedas bordadas de diferentes colores (aplicadas sobre un soporte de cartulina, para darles más volumen), y cierra con una tapa lobulada que remata en dos presillas dobles y un botón de metal dorado. En la parte posterior tiene una abertura para otro compartimento interior, también en tafetán de lino.

Del interior del bolso sale una cinta que sirve para atar el mismo a la cintura de su propietaria. Este elemento es el que nos indica la tipología particular de la pieza, ya que se trata de un bolso *châtelaine*, un formato que estuvo muy de moda en las últimas décadas del siglo XIX, aunque el origen de su nombre y de su uso sea muy anterior.

La *châtelaine* o castellana era en la Francia medieval la propietaria o la encargada de gestionar un castillo, entre cuyas funciones se encontraba la de guardar las llaves del recinto, que pendían de su cintura sujetas por una cadena. La necesidad de acarrear consigo objetos de valor personal o imprescindibles

para el desempeño de ciertas labores no fue exclusiva de estas *châtelaines*, ni mucho menos de una época o región determinada, pero va a ser de esta ocupación medieval de la que termine derivando el nombre dado a estos complementos, que con el paso de los siglos van a transformarse de mero elemento funcional en complemento de moda y símbolo de estatus social. Es a partir del siglo XVIII cuando estos accesorios comienzan a embellecerse y sofisticarse (antes de esa centuria, fue habitual el uso de cadenas o cordones entre mujeres y hombres de todas las capas sociales para portar diversos objetos, entre los que parecen ser especialmente frecuentes, además de las llaves, los relojes) y alcanzarán su máximo esplendor durante el siglo XIX. Ese es también el momento en el que se empieza a denominar *châtelaine* a este tipo de complemento (una referencia medieval muy del gusto de la época), que se convierte en elemento de uso exclusivamente femenino al tiempo que multiplica sus cadenas y los tipos de objetos que podía sostener<sup>1</sup>.

Los bolsos *châtelaine*, es decir, los bolsos con una cadena o cinta para suspenderlos de la cintura, se popularizaron sobre todo a partir de la década de 1860. Su notoriedad guarda relación con la transformación de la silueta femenina, que a partir de 1868 viene definida por un novedoso elemento, el polisón. Fig. 1. Se trata de una prenda de armazón interior que sustituye al miriñaque (que dotaba a los vestidos de amplias formas semicirculares), y desplaza el volumen a la parte posterior de la falda. La introducción del polisón viene acompañada, además, por la utilización de un tipo de corsé más estilizado, que alarga el talle,

---

<sup>1</sup> La primera referencia del uso de la palabra *châtelaine* en este sentido pertenece al periódico londinense *The World of Fashion* y está fechada en 1828. Para un excelente resumen del origen y peculiaridades de las *châtelaines*, véase HERRADÓN, M<sup>a</sup> Antonia: *Châtelaine*, siglo XVIII, Modelo del Mes del Museo del Traje, noviembre 2011; un estudio en profundidad puede encontrarse en CUMMINGS, Genevieve,



Fig. 1: Ilustración de La moda elegante, Jules David, 1887, Hemeroteca Digital, Biblioteca Nacional de España

ciñe las caderas y destaca poderosamente la cintura de la mujer. Es en el contexto de esa moda del polisón (cuyo periodo de máximo apogeo se desarrolla entre 1868 y 1888) cuando se extendió el uso de los bolsos châtelaine (y también de las propias cadenas que reciben ese nombre), que contribuyeron a realzar aún más las formas femeninas de cintura y cadera, puestas de relieve por las prendas de nuevo uso.

Aunque el término châtelaine es el más utilizado en general en el ámbito occidental, en España tuvo escaso predicamento (al igual que su traducción, "castellana"). En nuestro país, escarcela parece ser el vocablo más frecuentemente utilizado para referirse a este tipo de bolsos, un término que también tenía sus connotaciones medievales, pues original-

mente una escarcela era una bolsa que se llevaba colgada de la parte delantera del cinturón, además de una pieza de la armadura destinada a proteger la zona frontal del muslo. Fue el término favorito de la revista La moda elegante, que lo utilizó constantemente durante las décadas de 1870 y 1880, coincidiendo como decíamos antes con el apogeo de la moda del polisón. Otra de las publicaciones de referencia de la época, El Correo de la Moda, prefirió en cambio el vocablo limosnera, también de reminiscencias medievales (era la bolsa con monedas que se llevaba atada a la cintura para entregar como limosna a los necesitados o durante la misa), y lo empleó abundantemente entre 1860 y 1880; iría desapareciendo progresivamente a lo largo de esa última década.

En estas revistas fueron frecuentes los figurines que lucían este tipo de bolsos, e igualmente se publicaron con asiduidad patrones para que las lectoras pudiesen elaborar y decorar su propia escarcela (por cierto, no solo se consideraba apropiada para el uso de las damas, sino también para los niños) (fig. 2).



Fig. 2 Patrón de escarcela de La Moda elegante, 6 de julio de 1874, Hemeroteca Digital, Biblioteca Nacional de España



Al margen de las *châtelaines* de modesta fabricación casera, a lo largo del siglo fueron surgiendo modelos cada vez más sofisticados, pues en esos momentos el bolso se va convirtiendo en un complemento de lujo destinado a mostrar el estatus social de su propietaria. A la decoración a base de bordados, como la que muestra nuestro ejemplar, se van sumando lentejuelas, borlas, adornos metálicos y otro tipo de ornamentaciones, como veremos más adelante.

La popularidad de los bolsos *châtelaine* fue tal que en su momento de máximo apogeo llegaron a usarse incluso dos simultáneamente. Pero, a partir de 1890, esta tipología comienza a pasar de moda, y en las revistas los bolsos *châtelaine* empiezan a ser recomendados fundamentalmente como complemento para trajes de usos muy determinados: de comunión (será el contexto donde perviva durante más tiempo la tipología del bolso limosnera) o de máscaras (asociados a disfraces de inspiración medieval). Todavía en 1900 vemos en *La moda elegante* algún figurín con traje de calle que va acompañado de una escarcela, aunque la cronista de la publicación ya nos indica: "no soy muy partidaria de ellas; pero en determinadas circunstancias tienen su razón de ser"<sup>2</sup>.

Al margen de su tipología, el bolso *châtelaine* objeto de este texto, y las piezas de las que se acompaña en su vitrina, nos dan pie a analizar el carácter funcional y simbólico que este complemento cobró a lo largo del siglo XIX. La evolución de este accesorio nos permite recorrer los cambios en la moda de la época, y a través de los objetos que sus propietarias guardaban en ellos podemos conocer algunos detalles sobre su vida cotidiana.

### El bolso, un indispensable de la moda decimonónica

Durante siglos, hombres y mujeres habían tenido la necesidad de llevar consigo ciertos objetos imprescindibles, y en determinados momentos de la historia la ausencia de bolsillos en las prendas de vestir había conllevado la utilización de bolsos (y otros objetos, como las *châtelaines*) para transportar estas pertenencias indispensables. A partir del siglo XVII, la amplitud de las prendas, tanto femeninas como masculinas, permitió ocultar en su interior bolsillos en los que poner a buen recaudo los pequeños objetos esenciales para el día a día. El bolsillo se convirtió así en un comple-



Fig. 3: Vestido, ca. 1798-1805, Museo del Traje, Madrid (MT097652)

<sup>2</sup> V. de Castelfido: *La moda elegante*, 6 de abril de 1900.

mento de máxima importancia durante toda la Edad Moderna entre las clases altas, si bien pasó desapercibido, oculto en las casacas y chupas de los caballeros, o escondido debajo de las aparatosas faldas de las damas (donde, por cierto, se ataba a la cintura, ya que el bolsillo era entonces una pieza independiente). Las prendas masculinas habitualmente contaron con un mayor número de bolsillos, mientras que las mujeres se conformaron con uno (eso sí, de mayor tamaño), siendo frecuente que se decorase con exquisitos bordados, a pesar de ser un elemento que comúnmente permanecía oculto a la vista.

A finales del siglo XVIII se produjo un drástico cambio en la moda femenina, que conllevó la recuperación del bolso como complemento imprescindible, aunque reservado ya en exclusiva a las mujeres: la aparición del llamado "vestido camisa" (fig.3). Fue el traje adoptado en Francia tras la Revolución, en oposición a los recargados vestidos de la aristocracia del Antiguo Régimen, y encontró su inspiración en el gusto por las formas del clasicismo grecorromano. Recibió el nombre de vestido camisa por ser similar a dicha prenda interior, de colores claros, corte recto con talle bajo el pecho y elaborado con telas ligeras, de algodón fundamentalmente, o lino, como la muselina. Su rasgo más importante fue la eliminación de armazones interiores que oprimiesen y distorsionasen la figura de la mujer. El vestido camisa no permitía la presencia de bolsillos en los que guardar las pertenencias, por lo que el bolso se convirtió de nuevo en un elemento necesario.

Acorde con la sencillez de la nueva moda, surgió un modelo de bolso de pequeño tamaño,



Fig. 4.:Ridículo, ca. 1810.1820,  
Museo del Traje, Madrid  
(MT000799)

bautizado en Francia como *reticule* (ya que empezaron a fabricarse a partir de una red o malla de hilos metálicos), y que pronto empezó a ser conocido tanto en España como en otros países de forma jocosa como "ridículo", haciendo referencia a sus reducidas dimensiones (lo cierto es que no todos estos bolsos fueron tan pequeños, y de ello da fe la colección del Museo del Traje, en el que se conserva un ejemplar que alcanza los 36 cm de longitud)<sup>3</sup> (fig. 4). Ridículo es el nombre con el que este complemento ha pasado a la historia, aunque en los países anglosajones se le dio también el revelador nombre de "indispensable". Estas bolsitas se cerraban general-

---

<sup>3</sup> Más allá de la cuestión del tamaño, es probable que estas burlas viniesen motivadas por el hecho de mostrar una prenda que se consideraba íntima. De hecho la forma de los primeros ridículos, a modo de saquito triangular con los extremos redondeados, y su decoración los hacían muy similares a los bolsillos interiores.

mente con unos cordones, que servían al mismo tiempo para llevarlas colgadas de la muñeca, si bien en ocasiones tenían otro tipo de cierres y se colgaban del hombro por medio de una cadena.

Por su carácter revolucionario (en el más amplio sentido de la palabra), la vida del vestido camisa fue corta. Ya a principios del siglo XIX se fueron incorporando a este modelo elementos decorativos, telas cada vez más pesadas y cortes más elaborados, típicos del estilo Imperio. A finales de la década de 1820, el talle alto bajó hasta la cintura y las faldas y mangas comenzaron a inflarse, con lo que aparece el primer vestido Romántico. La silueta femenina de las décadas centrales del siglo XIX estuvo definida de nuevo por el uso del corsé (que permanecerá hasta principios del siglo XX) y sobre todo por las faldas de amplios volúmenes circulares, conseguidos gracias a la utilización del miriñaque como prenda interior. La vuelta a las faldas ahuecadas, unida a la utilización de volantes, lazos o pliegues como elementos decorativos, permitió de nuevo disimular en los trajes femeninos la presencia de bolsillos, esta vez ya confeccionados generalmente como parte de la propia falda.

Pero el retorno de las faldas amplias y por consiguiente de los bolsillos interiores, no hizo desaparecer el bolso. Ambos complementos convivieron, y de hecho en las publicaciones femeninas de la época las damas podían encontrar testimonios que abogaban por la recuperación del bolsillo:

"Nunca salga de su habitación por la mañana sin esa anticuada prenda de vestir: el bolsillo; descarte para siempre ese invento moderno llamado ridículo -con propiedad, retículo-, y recuerde que un pañuelo es el objeto de deshechos más repugnante y menos femenino que puede ser expuesto a la vista, lo que ocurre a menudo cuando no se tiene bolsillo" <sup>4</sup>.

Pero también, alegatos de las partidarias del uso del bolso, que lo consideraban imprescindible para toda mujer moderna:

"(...) hoy esa linda cartera de un tamaño pequeño, con su boquilla de acero y su elegante cadenita de lo mismo, es una necesidad de buen tono en manos de toda señora, que va a compras o a misa, en cuyo último caso hace las veces de limosnera" <sup>5</sup>.

La agitada vida social de la dama decimonónica (la cronista del Álbum de señoritas menciona las salidas de compras o a misa, pero no hay que olvidar las visitas, los paseos, la asistencia a espectáculos como el teatro y la ópera, o la invitación a eventos y cenas) así como la llegada de la moda del polisón en la década de 1870, terminaron por consolidar en el último tercio del siglo XIX el uso del bolso. Se multiplicaron los modelos y tamaños, así como el modo de llevarlos (en la mano, colgados del brazo, a modo de bandolera, o atados a la cintura como nuestro bolso châtelaïne), surgieron tipologías con usos más específicos, como el bolso de viaje, y cobraron un importante papel como signo de distinción. En definitiva, el bolso terminó por convertirse en un complemento femenino indispensable hasta nuestros días.

---

<sup>4</sup> TIDY, Theresa: *Eighteen Maxims of Neatness and Order*, 1819. Consultado online en la página web del proyecto "Pockets of History", dirigido por la investigadora Barbara Burman de la Universidad de Southampton, con la colaboración de diversos museos como el Victoria and Albert de Londres o el Fashion Museum de Bath: <http://www.vads.ac.uk/collections/POCKETS.html>. (Traducción de la autora).

<sup>5</sup> Álbum de señoritas y Correo de la moda, 8 de diciembre de 1857, pág. 9.

### Mostrar y guardar

Los bolsos, como cualquier otra prenda o complemento, habían sido ya desde sus orígenes objetos "parlantes" que a través de sus materiales y adornos ofrecían información sobre la clase social o el buen gusto de su propietaria. Pero especialmente en las últimas décadas del siglo XIX cobraron un importante papel como elemento de diferenciación social, y se convirtieron en auténticas joyas elaboradas con las más variadas materias (como carey, metal, cuero o malla de plata). Frente a la mayor uniformidad del periodo anterior, se multiplicaron sus formas y decoraciones, dejándose influir por las corrientes artísticas de moda en el momento. Si bien el modelo *châtelaine* que da pie a este texto destaca por su sencillez (con sus modestos bordados florales en seda de tres colores), en la colección del Museo del Traje se conservan otros ejemplos que dan fe de la variedad y del carácter sorprendente que tomaron muchas de estas piezas a finales de siglo, y de la que informan también las revistas de la época (fig.5).



Fig. 5: Bolso, 1900,  
Museo del Traje, Madrid.  
(MT043029)

"El bolsillo o limosnera es otro de los accesorios de vestir hoy más cuidados, y se hacen de tan caprichosas formas, que resultan una verdadera obra de arte. Los hay de forma de cartera, de cuerno de la abundancia, de ridículo plegado por cordones o lazos. El bolsillo Mazanielo, que es una redecilla suspensa por cadenas, y el dandy, hecho de dos telas combinadas. En fin, la limosnera es hoy una verdadera preocupación para las modistas y las señoras que se confeccionan sus trajes, y alguna figurará de seguro entre los presentes que se cambian a principio de año entre las personas de cariño (...)"<sup>6</sup>

Pero, si el exterior era importante, por tratarse de un signo que comunicaba una serie de datos sobre su propietaria, el interior de un bolso transmitía tanta o más información. A través de su contenido podemos acercarnos a la vida cotidiana de estas damas decimonónicas, a los aspectos que querían mostrar públicamente y a los que guardaban en su más celosa intimidad. Y es que los bolsillos, primero, y los bolsos, después, permitieron a las mujeres de los siglos XVIII y XIX disfrutar de una cierta privacidad y del legítimo sentimiento de propiedad de unas (eso sí, escasas) pertenencias. Estos elementos, junto a la aparición de otros espacios y propiedades reservados a la mujer en las casas acomodadas (como la sala del *boudoir* o los escritorios femeninos), representaban una pequeña conquista dentro de una sociedad que reservaba a las mujeres un papel secundario, relegado a su relación con el hombre y carente en la mayoría de los casos de independencia económica o de otro tipo. No en vano, una de las cronistas del *Correo de las damas*, consciente de la importancia del bolso como garante de una pequeña independencia y privacidad, comen-

---

<sup>6</sup> BALMASEDA, Joaquina: *El Correo de la moda*, 2 de enero de 1876, pág. 8.



taba a sus lectoras que los llamados ridículos, debían tener "capacidad suficiente para llevar un pañuelo de batista, un monedero, algunas tarjetas y alguna llave de un recóndito tesoro, o de una secreta papelera" <sup>7</sup>.

En el texto del Correo de las damas encontramos ya una pequeña pista del contenido del bolso de una dama decimonónica, si bien se trata de una lista muy reducida, dado que la autora está haciendo referencia a uno de los ridículos de menor tamaño (que aun siendo de escasa capacidad, ya permitía a su propietaria guardar algo de mayor importancia simbólica como era esa llave de "un recóndito tesoro" o de un compartimento secreto de su escritorio). En su listado aparecen sobre todo aquellos elementos prácticos que resultaban indispensables a la hora de salir de casa: las mencionadas llaves, el pañuelo, o el monedero, que desde finales del siglo XVIII acompañaba a las damas de clase alta y que les permitía un limitado (pero liberador) pago de bienes y servicios. No son pocos los monede-



Fig. 6: Monedero, ca. 1826-1850,  
Museo del Traje, Madrid  
(MT013520)

ros que conserva el Museo del Traje, en su mayoría con forma de bolsita alargada y estrecha (con una pequeña abertura de ojal en el centro para introducir el dinero, y anillas a cada lado para mantenerlo cerrado y separar las monedas), la tipología más en boga durante el siglo XIX (fig. 6).

Pero en el interior de un bolso femenino de la época (cuyo tamaño oscilaba generalmente entre unos 10 y 30 cm de longitud <sup>8</sup>), también era frecuente encontrar otros elementos, que nos hablan de los roles asociados a la mujer en el siglo XIX, sus actividades sociales y de ocio, e incluso de sus sentimientos y pensamientos más íntimos.

Dentro de los roles femeninos de la época, destacan dos conceptos. Por un lado, la mujer se concebía en el siglo XIX como "el ángel del hogar": a ella correspondía ocuparse del cuidado de la familia y de las labores domésticas, entre las que tenía un especial protagonismo la costura, actividad que desde tiempos inmemoriales se consideraba sinónimo de virtud y abnegación. La costura representaba un papel tan importante para las mujeres decimonónicas que era frecuente que entre los objetos personales que llevaban encima en su día a día se encontrasen los útiles indispensables para desarrollar esta actividad (aguja, tijeras, dedal, alfilerero). De hecho, el poder portar consigo estos instrumentos fue una de las principales razones de ser de la moda de las cadenas o châtelines que mencionábamos al principio del texto y de los propios bolsos. Así lo reflejaba por ejemplo la conocidísima escritora Jane Austen (como la mayoría de las mujeres de su tiempo, practicaba con asiduidad la costura) al elabo-

<sup>7</sup>Correo de las damas, 16 de octubre de 1833, pág. 9.

<sup>8</sup>Cabe destacar que nuestro "modelo del mes", el bolso châteline, con sus poco más de 15 cm, es uno de los más pequeños que conserva la colección del Museo del Traje.



Fig. 7: Polvera, siglo XIX,  
Museo del Romanticismo, Madrid

rar un pequeño bolsito como regalo para su cuñada. En el interior del bolso incluyó un minúsculo costurero, provisto de alfileres e hilo, que guardaba un papelito con los siguientes versos:

"Este pequeño bolso espero podrá probar no estar hecho vanamente;  
pues, si aguja e hilo son de necesidad,  
te ayudará inmediatamente"<sup>9</sup>.

Por otro lado, en el siglo XIX correspondía a la mujer mostrar con su aspecto físico (a través de vestidos, joyas y complementos) el estatus social y riqueza de la familia, frente a la uniformidad y sobriedad que caracterizaba el atuendo de los caballeros en su rol de hombres de negocios. Además, la belleza física era una cualidad extremadamente valorada en relación con lo femenino, pues como se mani-

festaba en una de las revistas más célebres de la época: "una mujer no existe sino con la condición de ser bonita (...) una mujer fea es una negación"<sup>10</sup>.

Por ello, entre los elementos que podían encontrarse en el bolso de una dama decimonónica, destacaban los objetos destinados al cuidado personal: un espejo, un peine, perfume, algunas joyas (era frecuente guardar las más lujosas en el bolso durante el trayecto a un evento, ya que podía resultar peligroso lucirlas en plena calle) y una o varias cajitas de pequeño formato a modo de pastilleros o polveras (los polvos de maquillaje venían utilizándose desde hacía siglos, pero fue en el siglo XIX cuando se generó toda una industria cosmética). Estas cajitas eran artículos muy apreciados por su calidad estética, y sus decoraciones (que al igual que las de los propios bolsos, seguían las tendencias estilísticas de la época) y la riqueza de sus materiales servían también para manifestar el nivel económico de sus propietarias (fig. 7).

En relación con algunos de los roles asociados a la mujer decimonónica, no podemos dejar de señalar otros objetos que también formaron parte frecuentemente del equipaje femenino, como los devocionarios, o el consabido frasquito de sales aromáticas, presto para utilizarse en los momentos de desvanecimiento que tan a menudo recoge la literatura de la época, en las novelas de Gustave Flaubert o Benito Pérez Galdós, por ejemplo.

Otros objetos que portaban las mujeres en sus bolsos hacían referencia a las actividades sociales en las que participaban. En el siglo

---

<sup>9</sup>AUSTEN-LEIGH, James Edward: *A Memoir of Jane Austen*, 1870 (Recuerdos de Jane Austen, traducción de Marta Salís, Alba Editorial, 2012, pág. 64).

<sup>10</sup>"¿Qué es la belleza?", *Semanario Pintoresco Español*, 7 de enero de 1849, pág. 9.

XIX existía un estricto protocolo que, entre otras muchas cosas, marcaba la necesidad de utilizar ciertos adminículos en determinadas ocasiones. Los bailes, por ejemplo, eran uno de los acontecimientos sociales favoritos de burgueses y nobles decimonónicos, y como tal estaban sometidos a un sinfín de normas de actuación. Una de ellas era la obligación de las damas de llevar un carné de baile en el que, por riguroso orden de petición, se anotaban los nombres de los caballeros que solicitaban un baile. El carnet servía a su dueña para recordar a quién había concedido cada pieza (cuidándose mucho de no repetir en más de cuatro ocasiones con el mismo acompañante, algo terriblemente mal visto según el protocolo de la época), al tiempo que el material con el que estuviese fabricado indicaba al solicitante el estado civil de su propietaria (pues habitualmente el nácar era usado por las solteras, el marfil por las casadas y el azabache por las viudas).

Las damas solían llevar en su bolso estos utensilios, que a menudo actuaban también como agendas (y recibían el apelativo de "libri-

tos de memoria") y tarjeteros. Las visitas eran otro de los rituales sociales imprescindibles del siglo XIX, en el que además las mujeres jugaban el papel principal. Las tarjetas de visita se convirtieron en un elemento imprescindible, cuyo intercambio fue una costumbre muy extendida en la época (superaban los propios límites de la visita, pues se utilizaban como medio para transmitir mensajes e incluso, a partir de mediados de siglo, como soporte de retratos fotográficos). El tarjetero servía para almacenar las tarjetas que se recibían, pero sobre todo para transportar las propias (en el caso de las damas eran generalmente de papel porcelana o concha, y de diversos colores) fuera de casa (fig. 8).

Por último, en el interior del bolso de una dama del siglo XIX no podían faltar, como en la actualidad, elementos más personales y sentimentales. Los útiles de escritura fueron objetos que, junto a las llaves e instrumentos de costura, ya colgaron habitualmente de las antiguas châtelaines, y también formaron parte esencial desde sus inicios del contenido del bolso femenino (en el interior de uno de los ejemplares de finales del siglo XVIII del Museo se conserva un fragmento de pluma de escritura que supone un emotivo testimonio de esta costumbre). Con ellos fue frecuente transportar pequeños diarios íntimos, cartas y notas que irían en muchos casos almacenadas en carteras muy similares a las que usamos hoy en día como billeteros, pero que originalmente servirían para albergar papeles. Eran elementos que aportaban una importante información privada sobre su propietaria, y su pérdida o robo podía suponer una vulneración de la intimidad tan preocupante para su dueña como lo es para nosotros hoy en día el extravío de uno de los dispositivos electrónicos que solemos llevar encima.



Fig. 8: Cuaderno-tarjetero, último cuarto del siglo XIX, Museo del Traje, Madrid. (MT001175)

## MODELO DEL MES DE ENERO

---

Junto a estos escritos, entre las pertenencias que las mujeres del siglo XIX llevaban en sus bolsos, hubo un espacio reservado para los objetos de valor sentimental: camafeos, pequeños retratos de un ser querido (primero en miniaturas y posteriormente fotográficos) o guardapelos (los mechones de cabello de un familiar o un enamorado eran entonces una frecuente y valiosa muestra de afecto), que ocupaban un lugar destacado entre las posesiones de las damas del momento (fig. 9).



Fig. 9: Guardapelo con retrato de joven caballero, L. Pavón, 1813, Museo del Romanticismo, Madrid.

Este breve repaso a la historia y contenidos de un complemento tan cotidiano nos permite descubrir las diferencias y, sobre todo, las semejanzas, que guardamos con nuestros antepasados, al tiempo que es una buena muestra de la cantidad de información, pública y personal, que podemos extraer de una pieza tan sencilla como nuestro pequeño bolso *châtelaine*.



Fig. 10: Fotografía de Antoni Esplugas, ca. 1904-1914, Museo del Traje, Madrid (MT-FD 011413)



---

## Bibliografía

- BARRETO, C., LANCASTER, M.: “*Napoleone e l'impero della moda: 1795-1815*”, Milán, Skira, 2010.
- BURMAN, B.: “*A Linnen Pocket a prayer Book and five keys: approaches to a history of women's tie-on pockets*”, en HAYWARD, M.: *Textiles and Text*, Londres, Archetype, 2007, pp. 157-163.
- CHENOUNE, F. (ed.): *Carried away: all about bags*, Nueva York, París, The Vendome Press, Hermès, 2005.
- HERRADÓN, M. A.: “*Châtelaine, siglo XVIII*”, Modelo del Mes (noviembre de 2011) Museo del Traje.
- PENA, P.: *La moda en el Romanticismo y su proyección en España, 1828-1868*, Madrid, Ministerio de Cultura, 2008.

## Revistas:

- Álbum de señoritas y Correo de la moda, 8 de diciembre de 1857, pág. 9
- Correo de las damas (Madrid, 16 de octubre de 1833, pág. 9 ).
- El Correo de la moda (Madrid, 2 de enero de 1876, pág. 8 ).
- La moda elegante (Cádiz, 6 de abril de 1900 ).
- Semanario Pintoresco Español (Madrid, 7 de enero de 1849, pág. 9 ).

## Recursos de internet:

- Proyecto “*Pockets of History*”: <http://www.vads.ac.uk/collections/POCKETS.html>

---

## MODELO DEL MES. CICLO 2015

En estas breves conferencias, que tendrán lugar en las salas de exposición, se analizará e interpretará un modelo de especial importancia entre los expuestos. A los asistentes se les entregará gratuitamente un cuadernillo con el contenido de la conferencia.

**Domingos:** 12:30 h.

**Duración:** 30 min.

**Asistencia libre**

ENERO

Bolso *châtelaine*, ca. 1880

Carmen Cabrejas

FEBRERO

Vestido de Pedro Rodríguez, ca. 1950

Clara Nchama

MARZO

Seda de Lyon, s. XVIII

Lucina Llorente

ABRIL

Vestido años 20

Rodrigo de la Fuente

MAYO

Vestido s. XIX

Elvira Gonzalez

JUNIO

Vestido de André Courrèges, ca. 1970

Juan Gutiérrez

SEPTIEMBRE

Vestido de Coco Chanel, ca. 1939

Beatriz Bermejo

OCTUBRE

Traje popular

Ana Guerrero y Américo López

NOVIEMBRE

Vestido de Isaura y Rosario, ca. 1950

Concha Herranz

DICIEMBRE

Pieza por determinar



Descubre más sobre la programación del Modelo del mes. Si tienes un teléfono compatible, descárgate un lector de códigos QR.



MUSEO DEL TRAJE. CIPE  
Avda. Juan de Herrera, 2. Madrid, 28040  
Tel. 915504700 Fax. 915504704  
Dpto. de Difusión: difusion.mt.@mecd.es  
<http://museodeltraje.mcu.es>



/MT000803/

